

# Cuadernillos de poesía colombiana

2

Rafael Maya

ESTUDIO Y SELECCION DE EDUARDO CARRANZA

---

Ediciones de la revista *“Universidad Católica Bolivariana”*

---

### **BIOGRAFIA MINIMA**

Rafael Maya nació en Popayán el 19 de marzo de 1898. Estudió en la Universidad del Cauca. Ha sido Rector de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Desde hace varios años reside constantemente en Bogotá. No ha viajado fuera del país. Ha dirigido "La Crónica Literaria" de "El País" y "Cuadernos Literarios" de "La Razón". Actualmente rige cátedras de literatura en varios colegios de Bogotá.

### **OBRAS DE RAFAEL MAYA**

#### **Ha publicado:**

Poesía: "La vida en la sombra" - "Coros del medio día" - "Después del silencio".

Prosa: "El Rincón de las imágenes" - "Alabanzas del hombre y de la tierra" - "La Iglesia, la Eucaristía y la Cultura".

#### **Prepara:**

"Los siete colores" - Poesía. "Alabanzas del hombre y de la tierra", 2º volumen.

# Rafael Maya

## 1

Rafael Maya, ciñéndose con una hermosa fidelidad a su vocación— en todo el sentido tremendo con que la mística ha henchido este vocablo— ha sido el artista de su generación. En su vida se nos ofrece un ejemplario de virtudes intelectuales, un esbelto registro de las más bellas temperaturas humanas. Línea pura. Cada uno de sus minutos tiene el perfil de un anhelo de superación. Su juventud avanza con esa tensa, sutil y cálida voluntad de la cuerda apenas estremecida bajo los dedos de la música. El propio ritmo de su espíritu, volándole a la altura de los oídos, se los tapó para que no escuchara—Ulises por océanos de belleza!—la voz espumosa de las sirenas políticas. Y en realidad se necesita un heroico temple para decidirse a ser artista en Colombia y arrojarse por las azoteas de la creación poética: ya sabemos que nuestra democracia reserva sus guirnaldas de aplauso y las felpas de su mimosidad para los electores con fortuna, para los caudillos jacarandosos de zamarros y garrotín, para los arribistas de todos los colores, para los caballeros de industria en trance de hacer política, para cualquiera que instale una poderosa radiodifusora de odio o module airosamente el do de pecho en las plazuelas de la agitación demagógica. Maya tuvo el valor de volverle la espalda al vientecillo insidioso de la fácil gloriola, y desde su “vida en la sombra” hemos visto levantarse el día cierto de su obra como una torre de claridad. “Con la raíz del sueño marcada en la frente” y su claro destino escrito en la más clara palma del aire, sigue entregándonos su eternidad hecha poesía que no habrá de pasar mientras el canto ejerza sobre los hombres la divina fascinación—fugaz y eterna—de ese vuelo de mariposa que detiene el llanto de un niño.

## 2

Rafael Maya es un clásico nuevo. El criterio simplista con que se resuelve entre nosotros la mayoría de las cuestiones literarias, ha venido acumulando sobre el concepto de lo clásico toda una serie de interpretaciones equivocadas. Oímos insinuar con frecuencia alarmante que classicismo es sinónimo de frialdad, de apolillamiento, de cosa apergaminada y sin ventanas sobre lo moderno, matizado y veloz. Esta falsa apreciación se enreda en las inteligencias con la vaga tenacidad de una niebla. Es ya casi un lugar común. Y debemos desconfiar siempre del tópico; verdad desteñida, cuando no mañosa falsedad. El lugar común es una semi-verdad instalada en el cómodo butacón de diez palabras que han alcanzado

un general asentimiento, y la verdad para conservar su fiereza, necesita de cierta beligerancia permanente: de lo contrario se va tornando borrosa y adiposa.

El clasicismo es sencillamente el equilibrio entre lo vital y lo formal, la perfecta correspondencia entre el impulso creador y la expresión artística: lo sentimental ciñéndose exactamente al modelado de lo intelectual. Es tan erróneo identificar lo clásico con lo puramente intelectual como asimilar lo romántico a lo únicamente sentimental. En la obra literaria intervienen los dos elementos, acoplándose de una manera incon-sútil. Solamente que el desequilibrio a favor de la sensibilidad, de los factores cordiales, se llama romanticismo, y el desequilibrio a favor de la inteligencia, de lo puramente especulativo, conduce a una especie de pseudo-clasicismo. El verdadero artista al superar el clima espiritual de su época a lo que convencionalmente se llama la escuela, al romper los moldes de lo establecido e intuir nuevos horizontes de belleza, se hace clásico: es que por encima de las teorías y de las tendencias está la presencia o ausencia del artista. En esta forma puede haber tanta raíz de clasicismo en Juan Ramón Jiménez—pianco soñando la tarde, fantasía nebulosa, nebulosidad fantástica—como en las aéreas arquitecturas de cristal y pétalos que habitan los ángeles de Rafael Alberti, o en la perfecta geometría de un soneto gongorino. Sólo importa la presencia de esa “poesía de los poetas” de que habla Gustavo Adolfo Bécquer, nuestro celeste abuelo. Lo clásico, ya lo dijo alguien, es lo eterno: lo de ayer y lo de hoy. Lo humano, podemos añadir, y, por tanto, lo universal. La revolución dentro de la tradición. Rafael Maya se mueve en el mundo poético apoyado en lo tradicional y con una mano sobre el corcel alado del futuro. Por eso en él hay un clásico nuevo, un poeta de siempre.

### 3

En la obra de Rafael Maya sorprende la persistencia de una personalidad que no pagó tributo a los estridentismos de post-guerra, que nunca se columpió en el trapecio exhibicionista, que eludió el efectismo colorinesco, la lírica malabarista y el calambur nacionalizado con falsos pasaportes en la comarca del canto. Una profunda disciplina y un diáfano sentimiento de responsabilidad intelectual le entregaron ese tacto vigilante con que ha venido eludiendo cuantas dudosas adherencias pretendieron instalarse en su propio temperamento. El ha venido verificando maravillosamente el paso al través de la hoguera. Así su obra se nos ofrece de una perfecta unidad: equilibrio inteligente, pura construcción, ímpetu mesurado; sus poemas tienen esa serenidad de la llama, ardiente en su melodiosa ordenación hacia arriba. El fuego, el aire, el agua que arquea su brazo de frescura sobre el talle de la tierra, todas las fuerzas elementales se bañan con una luz seráfica en su poesía. Casi podría decirse que los objetos mismos están cantando su silenciosa perfección esencial. La fresca palpitación del mundo está en pie en el surtidor de cada verso. Las palabras adquieren una calidad espiritual: su levedad alcanzaría a pesarse en “una balanza de música”. La imagen nace con la naturalidad de un arroyo. Y hay altas mujeres asomadas sobre la orilla de

su canto. En sus versos se respira un anchuroso movimiento de fuerza y de gracia. Llega un instante en que el poema parece colmar todo el ámbito de nuestra receptibilidad melódica como esa música de órgano en que se ha recostado la voz de Dios. Luégo lo sentimos subir, crecer sobre nosotros, abrirse en círculos envolventes, en ondas, en olas de alorado rumor. Música en éxtasis, o un éxtasis que se resolviera en "delirios vertivales", en flecha acongojada de cielo, en saeta de música, traspasadora. Algunos cantos de Rafael Maya nos dejan la sensación de hallarnos bajo un invertido cono infinito de melodía.

#### 4

En una reciente y muy aguda disertación en torno a la poesía de Rafael Maya, otro finísimo poeta, Gerardo Valencia, apunta estas sagaces consideraciones: "Con el compás del verso clásico midió Rafael Maya su emoción poética. No es un escritor arrebatado, cercano a la angustia humana, como lo es por ejemplo Porfirio Barba Jacob. Desde los sonetos de "La vida en la sombra" hasta los poemas dialogados de su último libro, Maya nos conduce serenamente en una barca que evita tempestades con la solemnidad de esos grandes trasatlánticos en donde todo está calculado y medido con precisión matemática, y que apenas si producen una leve inclinación sobre la revuelta indecisión de los oleajes. Lo mismo que Guillermo Valencia, Maya no recoge nuestra pequeña voz humana sino la voz lejana de los antiguos dioses".

Esta sabiduría de la pausa y la medida, este dón extraordinario de cautela y ecuanimidad—que se acentúa de manera especialísima en "Después del silencio"—comunica a su obra un encanto sereno y seguro de "belleza premeditada". Tenemos la impresión de que todo, los más simples matices vocabulares, las más delgadas sugerencias metafóricas, las más leves ondulaciones del ritmo, están medidas—premeditadas—, para contribuir al gozo final, a la satisfacción última de la perfecta arquitectura poemática. Todo es allí definitiva maestría, tranquilo dominio de domador triunfante. Están excluidos el estremecimiento profético, el vático delirio de labios clamantes y brazos levantados. Sin caer en el peligroso extremo de los yertos alquitaramientos mentales que hacen de la poesía un impávido juego de la inteligencia. Freno y espuela, según la antigua norma clásica. Y—cosa admirable—los poemas de Maya aun bajo esta inflexible monarquía de la inteligencia—conservan su ancho ritmo libre de palpitación marina.

#### y 5

Reiteramos hoy nuestra admiración por Rafael Maya: el joven maestro de juventudes, el más fino letrado de Colombia, el más poeta entre nuestros poetas de las últimas generaciones y una de las más altas voces, en pureza y en belleza, de la moderna lírica española.

**Eduardo CARRANZA**

# La mujer sobre el ébano

LA PIEDRA  
EL  
LA SOMBRA  
LA HIERBA

In memoriam S. T. B.

LA PIEDRA

—Yo fui engendrada en la noche,  
lejos de las riberas de la luz.  
Soy ciega porque la sombra horadó mis pupilas  
para conservar en sus cuencas  
el agua que lloran las flores de la nube.  
Mi sueño pesa sobre el mundo.  
De mis entrañas han nacido las ciudades.  
Me curvo como el dorso de una bestia  
para estrechar, sobre el agua y sobre el vértigo,  
la amistad salvaje de dos rocas.  
También guardo la estrella  
que brota de mi flanco herido  
como se escapa el relámpago de su caja de ébano.  
Canto la destrucción,  
y rompo la frente constelada de piedras lumínicas,  
pero hago imperecedera la lágrima  
que cayó sobre la tierra  
como la semilla de un astro inmemorial.  
Hoy me traes a la muerta,  
a la inolvidable criatura  
en cuya faz de hielo aparecen ya las primeras violetas.  
Tiene los párpados cosidos  
con el hilo que labran los ángeles subterráneos,  
y en su boca que se colmó de palabras  
dulces, como una flor se colma de rocío,  
hay una gema invulnerable que la consagra al silencio  
como si fuera la novia de la sombra.

EL

—Buena piedra, yo te saludo en la mañana

que tiembla sobre el mundo como un gran puente de zafiro.  
Conozco tu dura estirpe  
porque contra tí se rompió mi esperanza muchas veces,  
y tú te me ofreciste en lugar del pan,  
mezclando en mi boca tu áspera levadura  
al sabor de las hierbas amargas.  
Pero hoy vas a ser blanda como una gavilla  
de heno, porque te traigo a la muerta,  
a la mujer que fue más frágil que sus propias pestañas,  
y más suave que sus túnicas de hilo.  
Vas a guardarla, buena piedra,  
inmune a la avidez del gusano,  
perfecta en su color, como las nubes altas,  
y rodeada de sus perfumes como de una atmósfera sensible  
que renueve constantemente la humedad de sus ojos.

### LA SOMBRA

—Yo rodearé la piedra  
con mis legiones unánimes de ángeles ciegos,  
para vigilar su sueño del que fluye la paz a modo  
de un gran río de aceite lleno de esquifes musicales.  
Tejeré con mis dedos,  
acostumbrados a pulir el diamante,  
una veste más rica que las túnicas donde se extingue la luz,  
y desfallecen las primaveras terrestres  
en la sonrisa de la seda, que nace y muere al mismo tiempo,  
y la teñiré con los jugos activos  
que se decantan en las entrañas de la tierra.  
Y, ni vestida por las flores,  
bajo el cielo del alba que desata su guirnalda de alondras,  
la verás tú más bella que en la cámara subterránea  
donde la muerte ha congelado el agua de todos los espejos.

### LA HIERBA

—Yo, la humilde, huésped liviana del camino,  
la virgen hollada no obstante mi corona de perlas,  
le hablaré de la luz y del campo,  
y de los pájaros que llevan una canción como las barcas.  
Transmitiré hasta sus huesos todas las vibraciones cósmicas.  
Seré el conductor de los fluidos vitales  
que mantengan latente el ritmo de sus arterias,  
y a su corazón vigilante  
le diré la verdad del día  
y el secreto que guarda la boca dura de la noche.

### EL

—Buena hierba, yo te saludo en la mañana  
que cierne a través de sus dedos de cristal

la arena de oro depositada en los cauces celestes.  
Saludo tu estirpe numerosa  
que predica por toda la tierra la virtud de las semillas,  
y ha tomado posesión del valle y del monte  
a nombre de la luz eternamente creadora.  
Salud, buena hierba. En su barca de ébano,  
entré la marea de la luz que yergue sus espigas vibrantes,  
llega a tí la mujer cuyo sueño flota sobre sus párpados  
como una nube de verano  
sobre un pueblo inocente por cuyas calles corre el agua descalza  
con su carga de sol y de frutas.

#### LA PIEDRA

—Yo la espero desde la noche  
en que la palidez se introdujo en sus venas  
como una onda láctea que la emparentó con la luna  
de invierno. Desde la noche en que su piel,  
bañada de una sangre más rica en calor que el vino,  
tomó la blancura del nardo  
que disuelve la aristocracia de su anemia entre el agua.

#### LA SOMBRA

—Yo la espero desde la tarde,  
en que sus ojos, siempre fieles al suelo  
como los ojos de las bestias familiares,  
comenzaron a captar sólo imágenes sobrehumanas.  
Sus ojos! Molície de terciopelo  
con relámpagos perezosos de humedad y de llama.  
Mórbido infierno donde ardía tu espíritu,  
en combustión de aromas,  
como el cuerpo de un mártir en una hoguera de resinas.  
Honda noche de raso  
luctuoso, batida por un cierzo de lágrimas,  
entre la parpadeante agonía de las estrellas desnudas.

#### LA HIERBA

—Yo la espero desde que sus manos,  
llenas de signos oscuros como el dorso de las esfinges,  
se abrieron hacia la tierra  
con fatiga infinita después de haber sostenido  
las copas donde la vida vierte su vino y sus canciones.

#### EL

—Oh piedra, oh sombra, oh hierba,  
ya es vuestra. Ya va a integrarse a los elementos  
primordiales, a las materias puras

donde irradiaba la luz de la conciencia universal.  
Es vuestra. Arrebatada a las horas  
terrestres, que hacen mover el índice de la sombra,  
ya pertenece al tiempo inmóvil  
cuyos cristales congelados sólo copian cosas eternas.  
Y sin embargo, fue bella cuando ordenaba sus actos  
a la música perecedera del día.  
Cuando entre todo lo frágil, en su reino de mariposas,  
era vulnerable a los filos del aire  
y a las antenas de la luz que podían herirla mortalmente  
como a una flor acribillada por las agujas del crepúsculo.

### LA HIERBA

—Coronada de sol, como un árbol,  
vestida de azul y de viento bajo el engaño de las nubes,  
yo la vi pasar rigiendo todo el paisaje  
que era una melodía desmayada sobre las cuerdas de los sauces.  
Se encendía la atmósfera  
en torno de su cabeza coronada de cabellos violentos.  
Parecía una Victoria destinada no a la galera heroica  
sino a la columna del lecho donde la sombra acalla el gemido  
del amor, más profundo que el arrullo de las palomas.  
Yo la vi pasar, armada del arco guerrero,  
despojando los árboles donde la vida cuaja sus frutos,  
para embriagarse de miel como las abejas  
que transportan jardines a través de las noches doradas.  
La tierra le era tan querida como sus sueños,  
y al erguirse, a modo de las criaturas vegetales,  
proyectaba sobre el césped la misma sombra de un arbusto.  
En las horas atónitas, durante la agonía del cielo,  
había en sus labios cerrados una mudez semejante  
a la mudez de la selva donde ha muerto un pueblo de pájaros  
sin haber aprendido las canciones nuevas del alba.

### LA SOMBRA

—Yo la vi bajo el esplendor rosado  
de la pantalla que vertía sobre sus mejillas  
el fulgor de un otoño casi excesivo en la riqueza  
de sus hojas. Su rostro estaba grave  
como el de un ángel inclinado sobre el espíritu de un hombre.  
Más allá, la noche era cruel y pesada  
como un ídolo. Sin embargo, había una piedad inmensa  
en la voz de la tierra cuando anunciaba el nacimiento  
de una flor, que era adorada por los pastores.  
Ella, las manos sobre el libro,  
sentía fluir las horas con el propio ritmo de su sangre,  
y su silencio y los espacios de la página  
eran la misma cosa bajo el arco sereno de su frente.

## LA PIEDRA

—Yo vi su desnudez ligera  
dorar la alcoba, como la luna un puerto nocturno.  
Parecía que de sus hombros  
arrancaran dos llamas para iluminar su cuerpo,  
y que toda ella, desde la raíz de las vértebras  
hasta el nácar mínimo de las uñas,  
participase alegremente de la energía elástica del fuego.

## EL

—Oh piedra, oh hierba, oh sombra,  
ya es vuestra. Se han roto sus coyunturas  
para que caiga sobre el fondo de ébano,  
cuajada en un silencio azul de hielo compacto.  
La que fue toda ritmo, la espira de marfil y de rosa,  
está presa dentro del círculo de la danza  
y en pliegues patéticos cae el velo desde sus hombros.  
Sí. Vendrán para la tierra joven  
nuevos bailes y nuevas tribus de golondrinas,  
y ella estará inmóvil. Vendrán otras canciones  
a rebosar las noches con su anónima ternura,  
y ella no podrá oírlas. Vendrán lejanas voces  
de niños, anunciando las estrellas del alba,  
y ella estará muda. Habrá fiestas sobre la tierra,  
y el beso cambiará de gusto  
en la perpetua renovación de los trajes y de los vinos,  
y ella seguirá con su túnica pobre  
y su peinado enriquecido de luces falsas,  
como una sombra detenida al margen de un gran espejo.  
En vano las rútiles mañanas  
quebrarán su diamante sobre la piedra de la nube,  
porque ella no saldrá, bajo el cielo,  
a recibir la unción dorada en sus brazos.  
En vano la tarde, poblada de voces hondas,  
morirá de una pena de flores y una ausencia de lágrimas,  
porque ella no vendrá a perfumar sus manos  
en medio de la hierba, para recibir el primer lucero.  
En vano la noche—oasis cálido—  
enviará su concierto de ácidas flautas perezosas,  
porque ya la sombra invadió su lecho  
como el agua que cubre un arrecife de jazmines.  
¡En vano he de gritar contra el muro de bronce!  
¡En vano he de pedirla a los demonios o a los ángeles!  
¡En vano! La mujer reposa sobre el ébano.

# En las primeras horas

Este suave temblor,  
este misterio, esta visión,  
esta vaga vislumbre de candor,  
este dulce comienzo de oración;  
este vasto rumor  
que sale del nocturno corazón;  
esta trémula voz,  
esta brisa despierta y este olor;  
esta clara canción  
que sube hasta los cielos, como Dios:  
este apacible són  
de flauta cristalina y caracol;  
esta vaga ambición  
de libertad, este calor  
que nos llega al espíritu, este dón  
de simpatía universal, qué son,  
oh hermano?

Y el hermano respondió:

Es que ya  
viene la  
Aurora.  
Tiembla como un cristal  
al borde del abismo sideral.  
Lleva el astro de luz confidencial  
que vio Dante inmortal  
al salir de la cárcel infernal.  
La orla de su manto celestial  
se agita sobre el sueño terrenal.  
Empieza a despertar  
la pureza del cielo angelical.  
Todo se santifica a esa señal  
de luz.

Y sube el mar  
a lavar la ciudad.  
Oh, hermano, va a llegar  
el Rey. Apága ya  
la lámpara de humilde claridad

que alumbró nuestra mesa fraternal.  
Póstrate en humildad  
y réza tu oración universal  
por la alegría de crear,  
por la pequeña dádiva del pan,  
por la humana maldad  
y por el gozo singular  
de pensar  
y soñar.  
Escucha la campana triunfal.  
Hendida está la losa sepulcral.  
Cristo sale de un huerto matinal.  
Oh lento florecer  
del mundo. Oh primavera siempre fiel.  
Oh dicha de creer  
en Dios y en la mujer.  
Oh perenne verdura del laurel.  
Oh fresco manantial de la aridez.  
Oh plenitud del sér.  
Oh locura de ver.  
Hermano, hay que encender  
nuestra esperanza en este amanecer,  
y lograr la embriaguez  
en la copa de miel.  
Ya caen a nuestros pies  
las frutas en su plena madurez.  
Tiembla el fuego solar como una red  
de oro. Entre la mies  
corre el agua propicia a nuestra sed.  
¡Vamos a poseer  
la tierra en su completa desnudez!

# Invitación a NAVEGAR

“Navigare necesse est.”

Cuándo, cuándo llegará el día  
en que me diga: Es necesario  
navegar. Alísta una nave  
que tenga un timón y un palo  
para colgar la vela nómade  
que ha de perderse en el mar ancho

Mi raza lleva en la frente  
el imperativo mandato.  
Después lo grabó en su escudo  
un poeta que fue corsario,  
y puso un ángel con un remo  
y una torre que eleva un faro.

La tibia noche de mi infancia  
oyó una historia de naufragios  
en que mi abuelo, que tenía  
un corazón de Ulises bárbaro,  
murió de viejo en una isla  
comiendo dátiles dorados.

Vino después el mar medido  
con el compás del verso clásico:  
indómitas naves de Grecia  
volaban al naval asalto,  
y la memoria toda ardía  
con la ciudad de los troyanos.

Rítmicos grupos de mujeres  
mi adolescencia despertaron  
en forma de sirenas jóvenes  
que llamaban mi esquife raudo  
haciendo sonar en su escollo  
los caracoles encantados.

Y en la dulce fiebre que flota  
sobre una noche de verano,

siempre vi ciudades lejanas  
curvadas a modo de un brazo  
para estrechar un golfo donde  
se duplican faros fantásticos.

Y este dón del interno ritmo  
que ata palabras como ramos,  
es lejana reminiscencia  
de la marea, y de los cantos  
que entonan los viejos marinos  
balanceándose sobre el barco.

Pero yo nací en una urbe  
hecha de granito y de mármol,  
con escudos de piedra tosca  
que unen la clave de los arcos,  
y llena de polvo y de huesos  
como un antiguo catafalco.

Lejos del mar! Altas colinas  
estrechan, mudas, el ámbito.  
El tiempo mismo allí conserva  
su virtud de encaje plegado,  
y de la espada de un guerrero  
cuelgan los hábitos de un santo.

Cuándo, cuándo llegará el día  
en que me diga: Es necesario  
navegar. Alista una nave  
que tenga un timón y un palo  
para colgar la vela nómada  
que ha de perderse en el mar ancho.

Yo partiré. Nubes alegres  
me trazarán un rumbo claro.  
Se esfumará la playa como  
el curvo vuelo de los pájaros,  
y ya solo tendré delante  
los mil caminos del espacio.

Y he de gritar: Adiós, oh tierra  
amasada con polvo y llanto  
bajo la furia de tus cielos,  
y cruzada por ríos amargos  
que te ciñen a la cintura  
el viejo sayal de los campos.

Tú me diste tu rojo vino  
exprimido en diáfanos vasos,  
y abriste tus follajes verdes  
para refrescar mi cansancio,

y fui tan rico bajo un árbol  
como un monarca en su palacio.

Me labraste lechos de cedro  
para el amor. Bajo los astros  
vi mujeres de muchas razas  
desnudando su cuerpo blanco  
que proyectaba sobre el mundo  
la sombra del dolor humano.

Corté la caña que se alza  
en la ribera de los lagos  
para cantar penas antiguas  
o venideros desengaños,  
y, sobre el cielo o el infierno,  
cada verso quedó temblando  
como con el peso de un ave  
suele doblarse un junco largo.

Ah! mas nada será bastante  
a detenerme. Un viento extraño  
silba. La bruma se despeja.  
Clavémos el mástil gallardo  
para colgar la vela nómada  
que ha de perderse en el mar ancho.

# Las aleores compañeras

**EL HOMBRE  
PRIMERA COMPAÑERA  
SEGUNDA COMPAÑERA  
TERCERA COMPAÑERA  
CUARTA COMPAÑERA  
CORO**

## **PRIMERA COMPAÑERA**

—Hombre ciego que eres  
sobre la tierra hostil como la sombra  
de un sol que iluminara otras esferas:  
Yo vengo a revelarte tu destino,  
a descubrir la llama que palpita  
entre tus venas y que mueve el mundo  
de tu pequeño corazón hambriento.  
Yo vengo a colocar sobre tus sienes  
la corona de estrellas, que otro tiempo,  
selló tu señorío sobre la tierra  
y tu imperio absoluto bajo el agua.  
Vengo a poner la Fuerza entre tus puños  
como pone la noche su relámpago  
en las ciegas pupilas del abismo.  
Soy el poder que se te ofrece a modo  
de un río para que vaya tu esperanza  
a conquistar las tierras prometidas.  
Soy la dominadora, la que vence  
toda opresión, y de los torpes sueños  
y de la inercia de la carne sorda  
surge transfigurada en el arcángel  
que inflama el éter con sus raudas alas.  
Si tú me tomas sentirás que el héroe  
revive en tí, con su vigor nativo,  
y con sus ojos cósmicos que amplían  
la divina expresión del universo.

Volverás a la fuente originaria  
del valor, donde pulen sus escudos  
los imberbes guerreros del espíritu,  
y que en lugar de las estrellas castas  
sólo copia la luz de los aceros.  
Brotarán de tu sér, con vivo impulso,  
nuevos deseos que coronen tu alma  
de un círculo de nubes pensativas.  
Y tu sueño interior tendrá rumores  
de selva que germina por la noche  
bajo el influjo de las fuentes mudas.  
Tu canto volará desde la tierra  
con ímpetu viril en que se mezclen  
una dura mecánica de ritmos  
y un alboroto eglógico de voces.  
Y acaso en una noche perfumada  
de cedro y de nostálgicas memorias,  
como la alcoba de los reyes muertos,  
mi vientre puro como el lirio y fuerte  
como la roca donde nace el hierro,  
se romperá para ofrecerte un hijo  
que restaure con púrpura divina  
la flor de tu linaje decadente.

## EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera  
fuerte, oh mujer en cuyos senos  
no se acendró la leche materna  
sino el áspero vino que embriaga a los dioses.  
Tú me convidas a la faena heroica,  
al terrible ejercicio del triunfo,  
a la conquista de la tierra  
que muda de estaciones como de trajes  
en su fecunda y húmeda condición de hembra.  
Ofreces revelarme la imagen  
de mi sueño, copiada en el agua terrena,  
o en la potente mitología de las nubes.  
Quieres que aprisione la esfera  
del canto, cuya órbita escapa a mis ojos  
como la trayectoria de un cometa.  
Pero ignoras que en mis entrañas se ha secado  
la raíz de la fuerza,  
y que mi puño, como las urnas de pino,  
sólo guarda ceniza muerta.  
Véte a tentar, con el imperio de tus sienes,  
y de tus senos que guardan su flor perfecta  
al conquistador que afila  
sobre la tierra el acero de su violencia.  
A mí, la criatura humana

hecha de carne dócil y de terrestre miseria,  
y semejante a un arroyo que conduce  
el polvo y las hojas de una floresta agotada.

## SEGUNDA COMPAÑERA

—Aquí estoy con mis pálidas mejillas  
y mis ojos cargados de nostalgia  
como el campo en las tardes amarillas  
Mi carne sabe bien de tus secretas  
ansias, y se halla toda macerada  
en un vino de mirra y de violetas.  
Mil noches han vertido sobre ella,  
junto con el veneno de la sombra,  
el aceite dorado de la estrella.  
Y no hay río de vida que no encuentre  
su cauce al mismo tiempo que su origen  
en el moreno valle de mi vientre.  
Debajo de mis brazos se perfuma  
la noche, y sube hasta mis labios áridos  
mi pobre corazón hecho de espuma.  
Muchos murieron por mis senos presos  
en red de oro, y envolví mi carne  
en impalpable túnica de besos.  
Y ese que abandonó la fértil vega  
buscando el arenal fue porque un día  
puso en mis manos su esperanza ciega.  
Dogales que se cruzan por mi blanco  
seno, las venas son. Cuántos murieron  
ahorcados de placer sobre mi flanco!  
Como el ave en la tierra de las éras,  
las garras del insomnio se han hundido  
en la cóncava azul de mis ojeras.  
Y al pie de la pantalla agonizante  
con la daga del sol he cercenado  
cada día la testa de un amante.  
Tómame. Soy la juvenil criatura  
que bien pudiera destruir un mundo  
con cada gota de su sangre impura.  
Sobre la carne de mis senos plasmó  
la eternidad, y hago girar la vida  
bajo el látigo frío del espasmo.  
Sobre mi frente luce la demencia,  
y acaso pueda circundar de imágenes  
el final de tu regia decadencia.

## EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera,  
muerta mil veces y otras tantas resucitada  
en el violento sacrificio que empobrece la sangre eterna.

El sudor que baña tus flancos,  
mientras la fiebre te va encerrando en su floresta  
roja, te ha envilecido como a la esclava  
cuya cintura, antes ágil, soporta ahora una cadena.  
No es a tí a quien yo busco recorriendo  
los círculos, ora verdes o secos, de la tierra  
sino a la dulce criatura, de blanco vestida,  
que trae el mensaje de la estrella  
y la enorme pureza del mar en el cerco breve  
de su frente semejante a la luna nueva.  
Bajo el antiguo sol de sus ojos  
duerme entre lirios mi valle de inocencia  
con arroyos paradisiacos que copian  
el orbe puro flotando en el alba primera.  
No más la succión ominosa  
en que se ejercita tu boca siniestra,  
casi negra y maldita como la sangre  
que se compacta en el filo de una espada vieja.  
A mí, la suave caricia  
de una mujer en cuyo rostro de almendra  
anuncia su gloria el cielo de la mañana,  
como el mundo su júbilo en los estandartes de seda.

### TERCERA COMPAÑERA

--Mi veste diáfana he lavado  
en un golfo de agua lustral  
para acudir a tu llamada,  
hombre mudo en la oscuridad,  
sobre cuya frente gravita  
la piedra de la eternidad.  
Tus manos cargan las cadenas  
que sólo pudo remachar  
sobre la piedra del infierno  
el negro arcángel Satanás.  
Yo vengo, armada de mi lirio,  
tus fuertes hierros a limar,  
y a despejarte el alma como  
una ventana frente al mar.  
No escucharás cantos de muerte  
ni honda campana sepulcral,  
ni el coro de voces esclavas  
detrás del arado tenaz,  
sino, en doradas lejanías,  
el himno de oro y de cristal  
que anuncia la clara presencia  
de Dios en el vino y el pan.  
Yo forjaré para tu espíritu  
el sonoro escudo radial  
que refleja la faz de un mártir

entre los lirios del altar.  
Y para que entres en mi reino  
—que preside el arpa real—  
levantaré sobre el abismo  
un puente de luz teologal.  
Despejaré para tus ojos  
la oculta y cándida bondad  
que alimenta la llama trémula  
de cada existencia mortal,  
y la armonía que hay oculta  
en tanta palabra fugaz  
que sólo aclara su sentido  
bajo el signo crepuscular.  
En la corriente de tu sangre,  
que nutrió el campo y la ciudad,  
separaré el fermento oscuro  
del rico glóbulo ancestral  
que, del fondo de los sepulcros,  
te da sus flores de piedad  
y empuja tu vida hacia el tiempo  
como una hélice vital.  
Renovaré todas las células  
de tu vieja piel incapaz  
de registrar el leve roce  
del espíritu matinal,  
y te daré la carne pura  
del pequeño fruto en agraz  
que muestra la flor de su pulpa  
entre el estuche vegetal.  
Y, ya tocado de mi gracia,  
sobre la tierra tu serás  
el hombre que vuelve a la vida  
como a la fuente original.

## EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera,  
que vienes con la luz como la alegría del campo  
cuando empiezan a despertar las hojas nuevas,  
llenas de agua como las barcas rotas.  
Compañera divina sobre cuya cabeza  
pone la luz un casco de plata  
que deja, no obstante, rodar el oro de las trenzas  
como el ámbar que fluye de la corteza odorífera.  
Beso tus pies que la rosada primavera  
suele trabar con lazos de flores  
para dejarte aprisionada en la baja tierra  
como alondra que cae entre una zarza florida.  
Beso tus manos que sólo se doblegan  
al peso de la vara de lirios

que anuncia el dorado tiempo de la promesa.  
Beso tu frente, circuida de luceros,  
de donde manan arroyos de luz sempiterna  
para lavar los oscuros cauces de la noche.  
Ah! pero ofusca el resplandor de tus huellas  
a mis ojos vacíos de cielo,  
y hay demasiado polvo en mis plantas  
para hollar la blancura de tu escala aérea,  
¡oh virgen melódica! en lo alto nacida,  
del vientre impoluto de una estrella.  
A mí, la mujer apacible,  
que en el numeroso ritmo de sus venas,  
mueve su corazón carnal alimentado  
de jugos terrestres lo mismo que una selva.

#### CUARTA COMPAÑERA

—Como dorado fruto que aparece  
en medio del ramaje, en la cercana  
huerta, de esa manera respandece  
mi sonrosado rostro de manzana.  
No soy la hija de la alcoba impura  
nacida de los gritos conyugales,  
sino raza del sol, una criatura  
hermana de los verdes vegetales.  
Para crearme concurrieron todas  
las causas amorosas. Soy el fruto  
universal de universales bodas:  
en mí convive el ángel con el bruto.  
De abiertos campos donde crece el heno  
la honda humedad mi corazón encierra,  
y hay que buscar en mi profundo seno  
el origen divino de la tierra.  
Yo guardo el equilibrio misterioso  
de la luz, y converge a mi pupila,  
en la forma de un rayo silencioso,  
el eje de la bóveda tranquila.  
No conservo señal de pensamiento  
ni ha llevado otra carga mi cabeza  
sino el rocío que condujo el viento  
desde el valle cubierto de maleza.  
Mi cuerpo mismo, por el sol vestido,  
es un otoño mórbido de aromas,  
y en mi vientre sedoso hacen el nido  
cada noche, parejas de palomas.  
Si al campo de oro en la mañana acudo,  
al hundirme en las aguas diamantinas  
siente mi pecho, entre el cristal desnudo,  
el lejano temblor de las colinas.  
Y veces hay, cuando el calor enerva,

que hundo la concha de mi oreja rubia  
entre el áspero nido de la hierba,  
y oigo el trote distante de la lluvia.  
Aquí estoy. Si tu pulso se amortigua,  
si cruje el arco que tendió tu anhelo,  
mi gracia te dará la fuerza antigua  
en el duro contacto con el suelo.  
Yo alumbraré tu noche memoriosa,  
no con lumbre de pálidos fanales,  
sino con la linterna milagrosa  
bien repleta de aceites vegetales.  
De este modo la llama transparente,  
que es voluble y sutil como la hembra,  
pondrá sobre los sueños de tu frente  
el cálido reflejo de la siembra.  
Cuando la bruma de los ríos lejanos  
desde la fértil hondonada sube,  
yo te daré en la copa de mis manos  
el agua azul de la primera nube.  
Y en la tarde nostálgica que deja  
su temblor de tranquilas pastorales,  
su sorda angustia de campana vieja  
y su orfandad de vagos manantiales,  
yo estrecharé contra tu fino oído,  
como un gran caracol, que el mar encierra  
el corazón eternamente herido  
y eternamente joven de la tierra.

## EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera,  
hija del aire y de los puros elementos  
y engendrada en el propio flanco de la materia.  
Tampoco eres tú, aunque te hallas  
tan cerca de la gieba maternal, tan cerca  
de la cuna de arcilla que meció a mi gente,  
y del árbol leal cuya madera  
sirvió para construir numerosos lechos  
incomovibles y severos como las tribunas de piedra.  
Tampoco eres tú, que al mismo tiempo  
te encuentras grávida y alegremente doncella,  
con la gracia de la rama que sostiene un capullo  
y a la vez un racimo donde la luz se transparenta.  
Véte a buscar, por los senderos agrestes,  
al hombre puro, de manos morenas,  
y de alma agrícola como el pastor laborioso  
que labra vasos en las noches de su sierra.  
Tampoco eres tú, ángel fecundo,  
que no has cruzado nunca la región aérea

porque eres el guardián de los graneros, y nodriza  
del espíritu subterráneo que hace abundante la cosecha.

\*\*

(Viene la noche, cargada de cerrojos,  
y en torno del Hombre la soledad es tremenda  
como el desierto. Dónde están las fuentes?  
Dónde la música? Dónde se oye la voz de ellas?  
Están danzando en los prados nocturnos,  
o entremezclan sus bocas las alegres compañeras?  
¡Oh blanda legión! ¡oh voluptuoso ejército!  
que sólo entre flores se entrega  
glorificando con sangre y lágrimas la fausta hecatombe.  
Venid a mí. La noche está abierta).

### CORO

Somos, sí, las alegres compañeras  
y juntas como anillos de una sola  
cadena te ofrecemos, hombre efímero,  
la fecunda unidad de nuestras vidas.  
Breve es tu reino: alcanza solamente  
al círculo movible de tu sombra,  
y el viento que hace estremecer la hierba  
te despoja también del manto rojo.  
Tu voz, caldeada por el santo espíritu,  
y medida en el ritmo de tu sangre,  
sube a golpear contra el eterno muro  
y el tiempo la devuelve sin respuesta.  
Sólo eres grande en la inquietud, y sólo  
tu deseo de amar es infinito.  
¡Naufrága en ese océano de tormento!  
¡Húndete en ese golfo de belleza!  
Fuera respira la insondable noche  
como un pueblo agitado por la fiebre,  
y el cielo en vibración semeja el vientre  
de una mujer frenética que danza.  
Envueltas en un círculo de fuego  
y llevadas del mismo torbellino,  
somos cada una la expresión distinta  
del mismo eterno y breve sentimiento.

Y hémos aquí para ofrecerte toda  
la plenitud de amor. De nuestras manos  
fluye la vida indómita, y desbordan  
ríos de universal conocimiento.  
Tú puedes modelar en nuestro flanco,  
como en un orbe plástico, la imagen  
entrevista, no más, pero ya fuerte  
que anima todo el limbo de tus sueños.  
Tú puedes recoger en nuestras bocas,  
como del agua de distintos ríos,

todo el sabor de la anchurosa tierra  
coronada de pueblos y de cumbres.  
Tú puedes perseguir en nuestro pulso,  
y en la azulada red de nuestros cuellos,  
un calor de distantes corazones  
y un palpar unánime de razas.  
Tómanos en la noche milenaria  
que pesa sobre tí como el desierto,  
y gústa en el sabor de nuestra sangre  
la calidad eterna de la vida.

# Allá lejos

Hiéreme, ¡oh muerte!  
Cóge la flor abierta  
de mis años. No dejes  
que envejezca. Vén pronto.  
Rómpe la hélice roja  
de mi ambicioso corazón en pleno  
volar sobre los curvos horizontes.  
Paralíza mis brazos  
que hunden el remo en las doradas aguas  
del tiempo. Ata mis plantas  
manchadas con la sangre del racimo  
carnal. Apága el ritmo  
de mis arterias cuyo golpe hiera,  
en la noche de insomnio, mis oídos  
con el rumor de agua subterránea.  
Fájame con tu venda  
como a un niño, y entrégame a los brazos  
de la oscura nodriza que alimenta  
las ávidas raíces de los árboles.  
No ver la luz, no ver la luz creadora  
que saca de su abismo inagotable  
las infinitas formas de la vida.  
No atisbar el espacio  
que se puede beber con la mirada  
como una copa azul llena de espumas.  
No ver un rostro humano  
ni oír una palabra.  
Hiéreme, ¡oh muerte!

Ni el dulce mar en que naufragan tántas  
riquezas, y que guarda entre sus aguas  
fabulosas ciudades  
hundidas como fúnebres navíos,  
con sus copas de oro  
y sus lechos cargados de mujeres.  
Ni el mismo cielo eterno que sustenta  
la arquitectura móvil de las nubes,  
y traza la remota geometría  
de las constelaciones misteriosas.  
Ni el cuerpo adolescente  
de una doncella, apenas sombreado  
en sus pliegues recónditos por una

vegetación de suave terciopelo.  
Nada podrá ligarme a la ribera  
terrestre.

Vén, ¡oh muerte!

Quiero bajar los húmedos peldaños  
afelpados de musgo, de la estrecha  
galería que lleva hasta tu cripta  
donde espera la esfinge somnolienta,  
coronada de rosas inmortales.  
Allí, al fulgor de las marchitas lámparas  
que filtran una aurora penumbrosa  
a través de los grises alabastros,  
repararé la escena multiforme  
de mi vida, los rostros conocidos,  
y la imagen dorada de unos campos  
que florecen aún, bajo otros cielos,  
perdidos en el tiempo y la memoria.

